

RAMON GOMEZ DE LA SERNA, OTRA VEZ EN POMBO

Por JOSEFINA DE RANERO

«Totus mundus agit histrionem.»

«Todo el mundo actúa en histrión.»

SHAKESPEARE

EL local ha cambiado mucho. Ya no es cripta, y en lugar del cuadro sombrío de Gutiérrez de Solana, tan expresivo, muchas caricaturas en azulejos claros, que recuerdan, por su colocación, un incipiente cuarto de baño con los perfiles de los nuevos valores pombianos, menos aseQUIbles que los antiguos.

Los perfiles, bueno ; pero, o faltan azulejos para revestir el cuarto, o sobran caricaturas para impresionar en su uniforme delineación al curioso «dilettante» y, por más señas, contertulio de la primera época. Mi caso.

A los pocos minutos de entrar Ramón, el frío y poco hospitalario local se carga de electricidad, de flúido humano, y se crea atmósfera con ese clima tan peculiar cuando está él.

Y es que entre los muchos méritos para mí de Gómez de

la Serna, será siempre el más destacado su recia personalidad «a alta tensión», que difunde por donde va calorías reconfortantes que no están reñidas con ideas de controversia, de burla, de crítica y humanidad tolerante, sin las cuales una tertulia agoniza o aborta.

Ante la radio, a la que hay que andarse con mucho cuidado (como él dice), ya que no será nunca una cinta magnetofónica, susceptible de corregirse en ella lo que se improvisa al hablar. ¡Cuidado con las improvisaciones! Se turnan Tomás Borrás y Vighi: uno, en prosa, con erudición edilicia, que hace un resumen inofensivo, pero sin bríos, de la vida madrileña; y el otro, también en broma, versificada, termina con el estribillo castizo de «¡Ramón del alma mía!», que cuando, «ya de vuelta», nos llega Gómez de la Serna, puede resultarnos un tanto anacrónico este casticismo cuando el suyo fué aireado por vientos de Ultramar...

Hubo alguien, es natural, que criticó ese tópico tan socorrido. Y, sin embargo, para los antiguos pombianos, ese prestigeador de la literatura habrá constituido uno de los más fuertes elementos de paisaje en nuestra alma adolescente de principios de siglo. Con su revista *Prometeo*, en donde se desbordaba todo un movimiento literario y era palenque de las primeras justas de nuestra ilusionada juventud.

Toda una época tramontada, pero deliciosa para el barroco del pensamiento ocioso y despreocupado de entonces en busca de estilos, con una vida fácil, en que con muy pocas pesetas lográbase vivir nuestra bohemia auténtica. Mientras que ahora los «vergonzosos bohemios» van desapareciendo y son reemplazados por unos sucedáneos mundanos que, procedentes de otros planetas, encuentran elegante (y, digámoslo «sotto voce», más barato) remontarse a la estratos-

fera intelectual, en donde, si no logran respirar con suma facilidad, les divierte, en cambio, esos ejercicios de respiración artificial, tan de moda, que les permite codearse (mejor diría yo, frotarse) con nuestros pensadores y exhibirlos a los cuatro vientos.

Como si por reflejo el pensamiento ajeno les diera a esos ciudadanos del mundo una luminosidad ilusoria que les redimiera de su mediocridad vitalicia...

También habló por radio Sanz Díaz, encargado de darle a Ramón simbólicamente la alternativa de esa presidencia, en cuyo cenáculo nadie le superó. Aunque preciso es agradecerle la pleitesía y culto que le rindió estando ausente.

En Pombo se jugaba, se dibujaba, se hablaba, se comentaba la precaria actualidad de *entonces*, y se hacían gestos o bromas, y hasta novatadas, a los iniciados que se consolidaban en la tertulia, siempre que tuvieran un distintivo de insensatez innata o de talento.

Sólo los tontos vanidosos se sentían incómodos allí y emigraban por instinto biológico. Dado que un fatuo siempre será un elemento disgregador en toda reunión, y le hacíamos la convivencia insoportable hasta que se iba.

«Este fenómeno de colarse alguien entre nosotros no era propio de las noches del sábado, sino de siempre. Hay una atracción irresistible del hombre que quiere estar solo en un rincón, sobre el hombre desorientado que entra y elige irremisiblemente el sitio en que hay alguien que no quiere estar cerca de nadie. Aunque el café esté vacío, eso será fatal. La impertinencia de la imbecilidad humana produce ese fenómeno incalificable, y para esos hombres entrometidos todo es lo mismo: vaga adolescencia, vaga reunión de discutidores; cuando si en Pombo se discute es por cumplir una re-

gla de urbanidad y cortesía, pues Pombo, bajo su apariencia de hablador, es un nuevo Club del Silencio.» En el que se permitían las interferencias estimulantes, que no hay que confundirlas con las vaciedades deprimentes.

¿Lo entenderán así todos los que acuden ahora a ese café, después de trece años de ausencia del gran Silencioso?

Mucho barrunto que no siempre sabrán escucharle con comprensión y sin críticas, porque son hombres cansados que carecen del sentido del humor... Sobre todo, de la expresión ajena humorista, que no logran vislumbrar detrás de un monóculo de cartón, el ojo avizor y burlón que desmenuza todo el drama de una personalidad enclenque, que se traduce en gracia bufona.

En torno a su humorismo escalofriante, histriónico, inclusive cuando habla, que lo utiliza adrede Ramón para crear su atmósfera, él tendrá siempre el don de polarizar en torno suyo una humanidad inquieta o desorbitada. Y de ahí que ese cenáculo fué hogar para todos nosotros, con todas sus estridencias y controversias. Mientras que en otras tertulias, tan violentas y con peor intención, no hubo nunca esas calorías de amistad, «que no admiten a todos, porque eso sería complicidad, cuando la verdadera amistad elige, desecha y sacrifica. Honrando al muerto que hay en nosotros (como él dijo muy bien en un alarde de buen humor) y exaltando nuestra gran camaradería».

Y como ya sabemos que su alegría proviene de su exuberante humanidad y de su ingenio, «no debe ofender a nadie, y si me río, me río de mí en primer término».

Por lo que, sin excepción a la regla, él se rió mucho de mí en 1920. Lo que constituye para mí, a esa gran distancia

de veintinueve años, un certificado de honra y de supervivencia intelectual.

Fuí introducida en su tertulia por unos camaradas que yo frecuentaba en el Ateneo, de donde ha surgido ahora la invitación oficial hecha por su inmejorable Presidente, Rocamora, y actual Director de Propaganda para que Ramón nos brindara, una vez más, la gracia de sus paradojas estimulantes. Aparentemente sin sentido común, pero que serán siempre el revulsivo más higiénico para ese sedimento de experiencias que no acabamos de ventilar o de resolver dentro de nuestro fuero interno.

Eran esos amigos José Ciria, un elegido de los dioses, y cuya muerte tan desprevenida nos supo muy dolorosamente a todos por igual; Edgar Neville, peso pluma de gracia chispeante, que tardo en identificarle siempre que le veo, como si en realidad viviese «ausente de sí mismo» todas las horas de su jornada intensiva. Y Paco Vighi, a quien yo de antemano le he perdonado cualquier renuncio, en gracia de su colaboración burlona para bucear en aquellas aguas procelosas, que me consolidó allí hasta que me trasplanté al clima italiano.

En que sustituí ese noctambulismo pombiano con el ritmo de Anton Gulio Bragaglia, otro avanguardista latino, y pilotada por Sánchez Mazas, que será siempre para mí, a Dios gracias le sean dadas, otro gran bohemio de mi adolescencia. Sucédáneo de mi tertulia madrileña, lo fué el Café del Greco, en Roma, donde me encontré con el dinámico Marinetti; pero me fué harto difícil reemplazar esas irradiaciones de camaradería, en donde una pléyade de artistas de muy diversos colores y matices formaron el midollo de mi

mundo literario, que subsiste todavía como un milagro de juventud y «dilettantismo» hasta rayar los cincuenta años.

Pilotando, a mi vez, por esos arrecifes de Pombo a una gran hispanófila, amiga mía, que conocí en Londres, y que con su retrato, publicado en el libro *Pombo*, honraba con su presencia nuestra tertulia. Como la honraron otras personalidades europeas de paso por Madrid, y que, si mal no recuerdo, fueron el pragmático Papini, Valery, Cassou, Coc-teau y tantos más...

Entonces Ramón era, ante todo, un gran bohemio de las letras, que polarizaba con sus gestos descompasados, sincronizados con la época y a veces muy castizos, la atención de tantos hombres europeos que visitaban nuestra patria y se fijaban en él.

Como ahora están fijos en su figura universal y señera, en que la obra se identifica con el hombre (más estilizado, como cuadra a la brevedad del momento presente), toda la atención ajena, expectante, de este flujo y reflujo de personalidades que aterrizan en nuestro país como en una orgía intelectual de valores indiscutibles y reconocidos. Como en un desfile glorioso para los que aquí vivimos y admiramos a los que nos vienen de lejos en todas direcciones.

Y para terminar esta crónica pombiana, no estaría de más que copiara aquí unos cuentos que, junto a la caricatura mía, vista por Bagaría y publicada en ese libro de *Pombo*, en donde yo me chupaba la nariz, pero no el dedo. Se hablaba de loros, y uno dijo: «Yo conocí un loro de voz bronca (lo de la voz bronca se escribió para disimular un poco la ironía, porque ya Vighi había versificado mi voz de pito) que andaba suelto por la casa de un general, y que, *escarmentado* el papagayo por algunos pisotones que había recibido, iba gri-

tando por los pasillos con voz fuerte: «¡Cuidado! ¡Cuidado!...»

El de más allá agrega en la tertulia: «Anda; pues, una vez, yo recuerdo también que, con gran descuido, llevaban a uno en su jaula dándole tumbos sin consideración ninguna, y el loro, al cabo de la matraca, ya al final de la mudanza, dijo: «¡Caramba, pues no me he mareado!»

Esa correa, ese aguante para todas las matracas y tumbos que nos da la vida, con pisotones o sin ellos, los he aprendido en Pombo. Como lo aprendieron los buenos pastores que por allí pasaron, aguantando el mareo y las contrarias mareas de las vicisitudes humanas, que no repercuten nunca en disminución de la obra de un escritor. Insuperable y original como hay pocos humoristas españoles, que simboliza toda una época de astracanada e histrionismo. De soledad espiritual, en que tantos hombres desarraigados y abandonados han encontrado en sus greguerías la razón de muchas sinrazones de sus tragedias íntimas, superadas, en un esbozo de sonrisa contagiosa y comprensiva, que él insinuó antes que nadie.

